

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-	15 reales.
tracion.	
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Se sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

¿Quién piensa en morir?

¿Quién dice que no hay dinero?

Hé aquí dos preguntas cuya contestacion encuentra cualquiera en el teatro Real.

Allí se canta y se baila;

Allí se lucen los diamantes y las espaldas bien formadas;

Allí se pone uno los guantes al empezar la funcion y se los quita al concluir, como si los guantes se hubieran inventado para incomunicar la mano del hombre de la mano del hombre;

Allí, por último, se olvidan muchos de que son pobres.

Pues señor, bueno: ¡Viva el teatro Real, y la ópera italiana, y el baile francés, y los guantes de Dubost!

Los carteles anunciaron el otro día *Il Poliuto*. No sé yo hasta qué punto estará la direccion de este teatro obligada á saber italiano.

Lo cierto es, que ese *Il*, aplicado al pobre *Poliuto*, tira á cualquier varon de espaldas, á no ser que los modernos hayan modificado la gramática, y pongan artículos á los nombres propios.

Supongan Vds. que mañana escribe uno un drama titulado: *Calderon*, y en seguida viene un cartel y dice:

Funcion para esta noche.

EL CALDERON.

comedia en tres actos y en verso.

Pues esto mismo pasa con *Poliuto*.

¡Ah! ya caigo! como en estilo criminalista se antepone el artículo á los nombres propios, habrán creído merecedor de él á *Poliuto*, porque es un gran criminal á los ojos de los gentiles.

Al mismo tiempo que el cartel trataba así á *Poliuto*, dijo un periódico que Frascini iba á cantar la ópera sin alterar en nada la música.

Y efectivamente... cambió un andante.

Por lo demás, el Sr. Frascini no alteró nada, ni se alteró él. Cantó con naturalidad suma.

El lunes le tocó el turno á *La Favorita*.

No se quejará del público el tenor Naudin.

Su triunfo fué completo, y quizá no haya cantado en el teatro Real ópera alguna con la intencion dramática que acaba de cantar *La Favorita*.

En el duo del primer acto no dejó nada que desear. Despues de Mario, no es probable que la célebre Borghini-Mamo haya encontrado otro Fernando tan discreto y amoroso como el Sr. Naudin.

El barítono Storti, segun la feliz expresion de un compositor amigo mio, es lo que se llama un tenor rebajado, pero acabó gustando.

El bajo Medini llena bien su cometido,—y la escena con su figura. Hace un fraile tremebundo.

Dejo de propósito para el final á la *favorita*.

En los grandes momentos, cuando á la dificultad del canto debe el artista juntar la inspiracion y el sentimiento dramático, nadie puede disputar á la Borghini-Mamo la corona del triunfo.

La he visto muchas veces en esta ópera, y cada vez me gusta más. He dicho.

★ ★

POLIORAMA CON REGALO Á 4 REALES LA ENTRADA.

Este letrero, colocado como muestra en una tienda de la Puerta del Sol, atrajo mi atencion ayer tarde.

Me acerqué escamado. ¿Regalitos, eh?

Una peseta por entrar no me parece barato. Por una peseta entra uno en el teatro Real, y revienta de calor en el Paraíso. Por una peseta se bebe un prójimo cuatro copitas de anisado en el Suizo, y canta luego la Biblia. Por una peseta, en fin, puede cualquiera lograr 34 cuartos siempre que le dé la gana.

¿Qué demonio! Allá voy yo.

Me costó trabajo entrar. Pero en cuanto pude acercarme á la puerta, me convencí de que *aquello* debía ser cosa buena, ¡superior!

—Cuando tantos entran, el regalo debe ser de rechupete, me decia yo.

Habia apretones y todo, como si se tratara de un espectáculo gratis.

Dí una peseta, y cogí un papelito arrollado, que con otros 6,000 se hallaban en una caja dispuesta al efecto.

Veamos qué me toca por una peseta.

Abri el papel, y lei el número 4,025.

Un dependiente buscó el objeto señalado con este número, que era una pastilla de jabon, pequeña, pero mala.

Me quedé contemplando mi fortuna, cuando volví los ojos y vi á mi lado un cabo de la Guardia civil, que tenia en las manos un Cristo de yeso.

El cabo me dijo:

—Caballero. ¿quiere Vd. cambiar?

—¿Eh?

—Sí, le doy á Vd. este Cristo por el jabon, porque supongo que será jabon de olor.

En esto se acercó uno con unas tijeras, y le dijo al cabo:

—¿Quiere Vd. cambiar ese Cristo por estas tijeras?

—Con mucho gusto, añadió el otro.

Entra en esto un muchacho de esos que venden periódicos, y dió su peseta en cambio de un papelito.

El dependiente le entregó por su número un enjuague de cristal.

—¿Para qué quiero yo eso? dijo el vendedor de periódicos.

—¿Quiere Vd. cambiarlo por este tintero? le dijo uno que se le acercó.

—No, lo cambio por una baraja.

—Aquí la tengo yo,—añadió otro.

Entonces me convencí de que aquella rifa no podia dejar á nadie descontento.

Ejemplo al canto:

A una pobre mujer le tocó un album, y lo cambió por una caja de rapé.

A un soldado le tocó una muñeca, y la cambió por una fosforera.

Todos los objetos de aquel interesante bazar están numerados, dando así á entender que entran en suerte.

Pero los objetos de valor salen tarde ó nunca.

Échese Vd. á buscar una papeleta entre ocho ó diez mil, y se convencerá de que, si acierta, ha desperdiciado una suerte que aplicada á la lotería pudiera darle el premio gordo.

Todo esto, contando con la buena fé de los dueños del establecimiento.

Luis Rivera.

TEATROS.

Decir á ustedes que la única novedad teatral de la semana es un juguete de mis amigos Palacio, Blasco y Saco, valdria tanto como esponerme á la nota de mal cronista si los alabo, y de mal amigo si los censuro. Por eso yo, que soy la prudencia en persona, me guardaré

muy bien de revelar semejante secreto, y hablaré de la obra como si ignorase los nombres de sus autores.

La obra, pues, se titula *Tanto corre como vuela*, y es una *guasa* (*passex-moi le mot*) escrita en una noche para celebrar el trigésimo aniversario del nacimiento de Arderius, «príncipe de los Bufos madrileños,» como le llama con justicia el cartel. No hay para qué decir á dónde llegará una burla que empieza en el anuncio y tiene por protagonista al director del teatro donde se representa.

La parodia toca allí á sus últimos límites: parodia de cosas y parodia de personas. Quien principia por reirse de sí mismo, tiene carta blanca para reirse de todo el mundo, sin que nadie se ofenda.—Arderius, embadurnado de yeso el rostro, y representando (de medio cuerpo arriba) el papel de su propio busto, recibe con marmórea inmovilidad los presentes que al pié del pedestal depositan los demás personajes: unos le ofrecen coronas, otros melones, otros conejos, sin que tales ofrendas artísticas, agrícolas ó venatorias, logren quebrantar la impasible seriedad del héroe festejado.—Comienza luego la lectura de versos encomiásticos, donde poetas y actores echan el resto, imitando, con la perfeccion apetecible, el estilo y ademanes de los modelos que se proponen; y por último, todos cantan, bailan y retozan, empezando por el busto que, animado con el bullicio general, abandona su plinto para participar de la fiesta.

Juzgar esta obra sin juicio, seria tan imposible para la crítica, como hubiera sido para el público permanecer neutral en su representacion. Con ella no hay más remedio que reventar de risa, ó de cólera, y los espectadores se atuvieron á lo primero,—con una sola excepcion. Entre la salva de aplausos que saludó los versos leídos por Cubero, se oyó un silbido (más agudo por su tono que por su oportunidad), con el cual, sin duda, desahogaba el mal humor algun hombre serio de estos que van á los Bufos con firme propósito de no reirse. Escusado es decir que aquella demostracion estemporánea, solo sirvió para recrudecer la alegria del público.

¡Válgate Dios por silbido! ¿Cuándo llegaremos á comprender que toda parodia, lo mismo que toda caricatura, lejos de ser una ofensa al talento, es un homenaje tributado á la popularidad? Sólo dan pié para ella las obras que se distinguen por algun rasgo original. Parodiar la *Iliada* de Homero ó el *Juicio final* de Miguel Angel es cosa sencilla: lo difícil seria poner en caricatura un cuadro de Maella ó una comedia de Gorostiza. Aun suponiendo que fueran posibles ambas cosas, ¿quién celebraría la gracia? Piensan ustedes que reuniendo á todos los que conocen tres comedias de Gorostiza se llenarian dos filas de butacas en el teatro de los Bufos?—De la caricatura no se libran más que dos cosas: la suma perfeccion y la suma vulgaridad; y aun de lo primero no respondo; *Los amantes de Teruel* han hallado quien los parodie: seguro está que corran el mismo peligro *Los pobres de levita*.

Así, pues, no tema Vd., caballero sibilante (latinizo el participio por no ofenderle) no tema Vd., digo, que el ilustre poeta cuya defensa tomó con más entusiasmo que razon, vea un ataque á su gloria en la graciosa caricatura tan celebrada por el público: al contrario, gloria sin caricatura me parece gloria incompleta, y por mi parte creo que no es Aristófanes quien ménos ha contribuido á immortalizar el nombre de Sócrates.

Si alguien puede correr peligro con estas orgías de buen humor, no es por cierto el personaje que las ocasiona, sino el teatro en que se celebran. Sin embargo, en el estado actual del público no hay más remedio que seguir por esa senda. La compañía de los Bufos empezó la temporada con *El joven Telémaco*, lo cual fué como

principiar un aria por el *do* de pecho. Para hacer reír al espectador que acaba de escuchar *la suripanta* es forzoso echar mano de todos los remedios heroicos.

A este paso, sabe Dios qué recursos se emplearán, andando el tiempo, para poner en movimiento el músculo cigomático de los abonados al teatro de los Bufos.

Federico Balart.

SERENATA.

A ella.

He roto seis cristales
de tu ventana,
conforme convinimos
esta mañana.

Sal, que te espero,
para decirte á solas
cuánto te quiero.

Ayer noche tu madre
me dió un pellizco,
que por un cuarto de hora
me dejó bizco.

Y era su queja
que al salir de los toros
la llamé vieja.

Ahora que son las cuatro
y el alba nace,
y ella estará durmiendo
diez horas hace;
Sal, mi tesoro,
para que yo te diga
cuánto te adoro.

¡Cielos! ya escucho el roce
de tus enaguas,
ya siento como gruñe
tu perro de aguas.

AVENTURAS DE DOS RECIEN CASADOS.

(Continuacion.).

V.

La víspera de la boda.

Los novios se tratan de tú.

¡Oh dulce confianza, oh abandono de todas las cosas
de esta vida, oh corazones sensibles!

Joaquinito está cada día más entusiasmado.

Elisa está cada hora más amable.

—Mañana es eso, dice él.

—Es verdad, contesta ella, mañana vamos á la iglesia.

—Hace tres noches que no duermo. Elisa, estoy por apostar que te amo como un cabestro.

—Lo creo, Joaquín. Ay, si tú fueras como yo...

—¿Pues, cómo eres tú, prenda?

—No sé: quizá me llames extravagante..... Pero tengo un capricho.

—Yo te lo cumpliré.

—¿De veras?

—Como lo oyes. Ea, suéltalo: venga el capricho.

—Mira, Joaquín, tú habrás leído en los periódicos, que cuando se casan los que son ricos, acostumbran á pasar la luna de miel viajando.....

—¿Y tú quieres viajar?

—Es mi sueño dorado. Salir de la iglesia, y entrar en el ferro-carril, es el colmo de la felicidad.

—Lo dudo.

—Joaquín, tú no me amas.

—Mujer, si, pero no amo el ferro-carril.

—¿Qué desgraciada soy!

—No llores, mujer; si te empeñas saldremos mañana mismo. Quiere decir que los convidados se quedarán con un palmo de narices.

—¿Y qué nos importan los convidados? El mundo nos brinda con sus goces..... ¡gocemos, Joaquín!

—¡Gocemos, Elisa! Dame un abrazo.

—¡Mañana..... en el ferro-carril!.....

—¡Me aguantaré hasta mañana!

Gracias, bien mío,
y ponte las babuchas
porque hace frío.

Mas pese á las enaguas
y pese al perro,
tres horas há me tienes
mascando hierro.

Sal al reclamo,
y leerás en mis ojos
cuánto te amo.

Pero, ¡calle! una carta
miro en el aire
mecerse atada á un hilo
con gran donaire.

Yo la leería,
más, ¡ay! ¡qué mal escribes,
paloma mía!

Traduzco con trabajo
que no estás buena,
que te hizo daño anoche
no tener cena.

¡Y que no sales
por no enseñarme cosas
artificiales!

A Dios, mis esperanzas,
mi vida entera,
á Dios, el medio duro
de tu portera.

Suerte tirana,
me marchó, que te alivies,
¡y hasta mañana!

M. del Palacio.

ECOS DE MADRID.

Comienzan á animarse los salones. Las *soirées*, que nuestros abuelos llamaban *tertulias*, y *reuniones* nuestros papás, van anunciando la solemne entrada en Madrid del invierno, que segun dice su secretario particu-

VI.

Llegó por fin el día de la boda,—que todo llega en este mundo.

Con tan plausible motivo, si yo estuviera de humor escribiría cuatro páginas, filosofando sobre el fin de todas las cosas; indudablemente me lo agradecería el respetable público, porque le proporcionaría la agradable ocasion de aprender unas cuantas vulgaridades.

Nadie puede figurarse lo que doña Ramona trabajó en los preparativos del día más grande que en su casa había celebrado,—desde que enviudó.

¡Una boda!

Y una boda, no para la madre, sino para la hija que tiene á cuestas, es el acontecimiento más próspero de la vida y milagros de la viuda de un intendente.

Por la mañana era aquella casa una estacion de ferro-carril,—sin ferro-carril.

¡Qué de entrar y salir, qué de preguntas, advertencias, consejos y avisos maternos!

Doña Ramona, al acabar de ponerse el miriñaque, despues de dejar los asuntos de la casa en disposicion de que marchasen solos, no cambiaria su posicion por la de ningun ilustre guerrero despues de la victoria, por la de ningun poeta despues de ser llamado á la escena,—ni por la de mi amigo Santa Coloma, despues de concluir el tratado de *Dar y Tomar*...

—Vamos, Elisa, acaba de vestirme, que ya llegan los padrinos... Los coches esperan tambien abajo... ¡Jesus, Jesus! Gregoria, que el gato se sube á oler los dulces del aparador. Elisita, hija mía, échate agua de Colonia..... Trae un alfiler... ¡Zape con el gato!

—Señora, dice Gregoria, que está ahí el señorito Joaquín.

—Que pase á la sala. Dile que pronto estamos listas... No tardes, Elisa... ¿Qué tienes en el pecho?

—Es que me hace una arruga este vestido...

—Tú que has enflaquecido... Toma este pañuelo..... métetelo debajo y desaparecerá la arruga... No sirves para nada... Gregoria, echa á ese demonio de gato, que se empuña en lamer los dulces...

lar el zaragozano Yagüe, va á ser de lo más fresco que se haya conocido en su género.

Crudo, muy crudo debe de ser un invierno cuyos primeros acontecimientos han sido de la naturaleza que todos conocemos. Lecturas del poeta de las naciones; puñaladas á domicilio en los barrios bajos, y asesinatos al aire libre en las afueras; plaga de almanaques y aumento de lectura en *La Correspondencia*... he aquí los primeros horrores del invierno presente. Sabe Dios cómo acabará si principia de tal manera.

Los teatros están favorecidos todos, á pesar de la escasez de dinero.

Verdad es que el dinero parece que quiere desmentir á los que le insultan, y de algunos días á esta parte toma forma más *corpórea*, si se me permite la frase.

Lo diré más claro. ¡Comienzan á verse napoleones!

Y esto es tan raro, tan inesperado, tan conmovedor, tan altisonante, tan seductor, tan hechicero, tan admirable, tan nuevo, tan digno de encomio, que nadie extrañará el saber que hace dos días se reunieron varias pesetas en el bolsillo de un pobre, y al verse sorprendidas por la no esperada aparicion de un duro, exclamaron en coro:

—¡Oh! ¡Las cosas han variado!

El duro.—¡Amigas mías!

Una peseta.—Te creíamos muerto.

El duro.—¡Nunca!

La peseta.—¿Dónde has estado?

El duro.—Muy lejos.

La peseta.—Nosotras hemos hecho el gasto durante mucho tiempo.

El duro.—Háblame de mi España, *Theudia* amigo...

La peseta.—¡Uf! ¿No sabes? Hemos tenido...

El duro.—¿Qué?

La peseta.—Reinado del papel-moneda.

El duro.—¡Ah, perro!

La peseta.—Y falsificadores... y cambio alto y subida de pan, y dramas de espectáculo... y hasta deprecio de los cuartos alquilables.

El duro.—Renazca la paz; aquí estoy yo.

Apenas doña Ramona y Elisa acaban de ponerse de veinticinco alfileres, entran en la sala donde espera Joaquinito, hecho un brazo de mar, en compañía de los padrinos y los amigos de la casa.

Entre estos últimos está un viejo que es el que más empeño ha mostrado porque el matrimonio se llevase á cabo.

Es un hombre particular, tiene una tos que jamás se le quita, y se llama D. Enrique Gatuperio. Señas particulares: gasta peluca y una onza de oro todos los días, lo cual prueba dos cosas:—que es calvo y rico.

Ya tendremos ocasion de hablar en el curso de esta historia del Sr. de Gatuperio.

Íbamos diciendo que el novio esperaba con esa especie de tontería que Dios pinta en el semblante de todo hombre destinado al matadero, digo, al sacrificio.

¡Estaba... angelical!

La entrada de doña Ramona y su hija fué una entrada de primer orden. Hizo una reverencia que no la hace mejor un hombre á quien le dan en el cogote un palo mayúsculo.

Pero si la entrada en el salon fué tan estrepitosa, la salida á la calle dió que hablar á los vecinos.

No digo yo viuda de un intendente, sino viuda del primer coronel con cuerpo que ustedes conozcan, parecia doña Ramona, al bajar las escaleras recogiendo la cola del vestido y enseñando una botita de Reynaldo que se habia comprado, sin ejemplar, el día antes.

Entraron en los coches, que eran unos simones alquilados con condicion de que los cocheros habian de llevar levita y sombrero de copa, y se dirigieron á la iglesia de San Lorenzo.

Apenas la comitiva habia desaparecido, bajó Gregoria al portal, y en union de los demas vecinos, empezó el diálogo de rigor sobre la fortuna de los amos, las miserias de los amos, las rarezas de los amos, y las cosas de los amos.

VII.

En la portera.

Portera.—¡Caramba, y qué fea va la viuda con ese traje nuevo!

LA ORTOGRAFÍA APLICADA A LA VIDA CONYUGAL.



¿.....?



!.....!

Gregoria.—Pues dígaselo usted á ella, que se cree la reina de las mujeres, miste.

La vecina del cuarto bajo.—Portera, hoy se casa la del principal, ¿no es cierto?

Portera.—Así parece, señora doña Remedios.

Doña Remedios.—Pues dígame usted que más la valiera pagar sus deudas. Todavía me está debiendo diez reales que la presté este verano para ayuda del casero.

Gregoria.—Ande osté, que el novio es rico y pagará todo.

Remedios.—¿Rico? No sea algun trapisondista de esos que especulan con las mujeres bonitas.

Portera.—De que es rico respondo yo. Estoy bien informada por su criado, que es pariente del hermano de un cabo de zapadores que hace el amor á la prima de la lavandera que vivía en el quinto.

El maestro vidriero.—¿Con que hay boda por aquí? Tendremos murga.

Portera.—Entre usted, Sr. Casiano.

El aguador.—¿Habrán dulces para mí, Grigoria? Es que sinu nun subu lagua.

El tendero de la esquina.—Aquí traigo yo la cuenta, y en cuanto vuelva de la iglesia doy el golpe. Un año comiendo garbanzos á mi costa, es mucho sufrir y mucho comer. No me he quejado, bien lo saben ustedes, y sobre todo bien lo sabe esta muchacha, que todos los días iba con el consabido recado de: «D. José, mi ama dice que en esta semana espera letra.» Y la letra no llegaba, y yo aguanto. Pero hoy que la veo con tanto ringorango, y vestidos de seda, y platillos chinoscos en la cabeza, no me dá la gana de aguantar. Aquí traigo la cuenta, ó me pagan ó me devuelven los garbanzos que me han comido.

Portera.—¿No oye usted que el novio es rico?

El tendero.—No tengo que ver con eso.

El zapatero del portal mas abajo.—Vecinos, ¿es cierto que el Sr. de Gatuperio es el que ha regalado á la novia el traje que lleva á la iglesia?

Portera.—Miste que salía. Eso por supuesto. Pero no hay que decir de la chica, que es honrá, eso sí, pobre, pero honrá.

El zapatero.—Nadie ha dicho nada de la chica, seño-

ra. Sino que como el Sr. de Gatuperio ha sido tan amigo de la madre...

Portera.—Como que la trata hace más de veinte años.

Aguador.—Cabalmente ese tiempo hará que yo la tratu por el agua, y en jamás me he permitido regalarle un vestido á la hija.

Zapatero.—Cuidado que es animal este gallego.

Aguador.—No me provoque usted, zapateru, porque le tiro la cuba.

—Calla, so morral, maestro de baile.

—¿Remendon, talegu!

—¿Bufo!

—¿Esu si que non lu sufru!

Al llegar aquí, los vecinos tuvieron que separar á los dos contendientes, que se venían á las manos.

VIII.

La gresca promovida por los dos valientes atletas—el de la cuba y el del tirapié—fué interrumpida por los gritos y voces de doña Ramona, que los padrinos conducían á casa medio insultada.

¿Qué había pasado en la iglesia?

Los honrados habladores de la portería se devanaban los sesos en vano.

Doña Ramona seguía gritando:

—¿Tunantes!... ¿Tunantes, tunantes! ¡Ay señor de Gatuperio, si no puede una tener hijos!

—Cálmese Vd., señora, ya vendrán, le decía el señor de Gatuperio para consolarla.

—¿Pero han visto ustedes qué partida más serrana?

Estas palabras las pronunció ya doña Ramona entrando en su cuarto.

Gregoria había subido delante.

El zapatero hizo las paces con el aguador, y la portera decía:

—¿Qué demonios habrá ocurrido? Viene sola la mamá con los padrinos. ¿Pues y los novios?

—Se habrán perdido, contestó el aguador; no es la primera vez que se pierde una muchacha bunita. ¡Demoniu! ¡Si yo me la encontrara!...

No sé cómo explicárselo al curioso lector.

El caso es muy extraordinario; por eso precisamente

ha cautivado mi atención y me he decidido á publicarlo.

Dos novios que van á la iglesia con su mamá y los padrinos, y desaparecen de pronto sin que nadie—ni el sacristan!—lo haya notado!... Confíesen ustedes que es raro... y casi inverosímil... pero es muy interesante... como todo lo que no tiene piés ni cabeza.

Uno de los convidados se fué derecho á que pusieran este anuncio en el *Diario de Avisos*:

«PÉRDIDA SENSIBLE.

Al salir de la iglesia de San Lorenzo se han extraviado dos jóvenes que acababan de recibir las bendiciones nupciales. La persona que los encuentre se servirá llevarlos á casa de su mamá, que los espera para arrancarlos los ojos. Se le dará en hallazgo los dulces que estaban comprados para la boda. Señas particulares: ella es morena el día que no se pinta; él muerde.»

IX.

Era la hora cualquiera de una mañana de un día del mes de octubre. (¿Hay más de?)

El sol, ese anciano que no se cansa de presidir la creación sin cobrar sueldo, cosa que los hombres no acostumbra á imitar; el sol se asomaba de vez en cuando por entre unas nubes, que ni eran negras, ni blancas, ni pardas.—Traígame Vd. un novelista para que me explique el color de estas nubes.

La gente andaba por los tejados y los gorriones por las calles, digo, no, la gente andaba por las calles...

Un coche á todo escape cruza por la plaza del Progreso...

En aquel coche iban los recién casados...

Al salir de la iglesia, aprovechando un momento de confusión, escurrieron el bulto, y hélos ahí fieros y rozagantes, buscando campo á propósito para su luna de miel.

El coche corre como si no fuera de alquiler.

Los novios no miran nada ni reparan en nadie, y absorbidos uno en otro, llegan al ferro-carril del Norte.

Aquí empieza el segundo capítulo de esta interesantísima historia.

Luis Rivera.

(Continuará)

El teatro de los Bufos está en alza. Es el teatro de moda. El público y los críticos han comprendido que allí no deben ir más que á divertirse, y que el género de aquel teatro no está dentro de la crítica; por todo lo cual resulta lo que no podía ménos de resultar; las obras se presentan sin pretensiones, el público las aprecia en toda su ligereza, y la empresa gana dinero.

—Doctor, mire Vd. cómo se ha quedado mi niño.
—Efectivamente, está flaco.
—Sólo en Vd. confío. ¡Cúreme Vd. al muchacho!
—¿Qué padece?
—Que se ha enamorado como un loco de una corista de los Bufos.
—¡Ah! ¿Si? Pues ya sé el remedio, ya sé el remedio.
—A ver, doctor, diga Vd. pronto.
—Haga Vd. que le den una cucharadita de corista por la mañana y otra por la tarde.

Antes de ayer se casaron varios amigos nuestros. Las bodas se suceden con una rapidez pasmosa. Esto me recuerda la constante conversacion de los hombres en contra del matrimonio, y su constante afición á vivir en santo yugo con las mujeres.
—¿Debe casarse el hombre del siglo XIX? preguntaba no sé quien.
Y respondia un escritor muy conocido:
—Yo no sé si debe casarse, lo que sé es... que se casa.

Y mientras esto sucede, periódicos de cuyos nombres no me parece oportuno acordarme, publican datos estadísticos acerca del número de adulterios que hay en la corte de las Españas.

Lo siento, pero no puedo ménos de observar que esos datos son muy curiosos.

¿Por qué?—Se me dirá.
—Porque el adulterio, segun un sábio de la antigüedad, no es más que la curiosidad de los placeres ajenos.

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

Por la mala del Pacífico noticias á España llegan, mientras vengán por la mala no las espero muy buenas

En Bilbao se ha presentado un fenómeno zurdo. Este fenómeno es un jóven que tiene el brazo y la mano izquierda de un tamaño conmovedor. Entre los dos pesan más de una arroba.

Hé aquí una mano que me vendría á mí de perlas para manejar la sátira.

Máximas.

No quieras para ninguno lo que quieras para tí, si es dinero, ó cosa así,

Dale pan al perro ajeno siempre que anuncie el *Diario* que darán hallazgo bueno.

Haz bien sin mirar á quien, mas hazlo con preferencia al que te lo pague bien.

Al pobre y al desgraciado ténles mucha compasion, mas no les tengas al lado.

Si te invitan á cenar, procura saber primero quién es el que vá á pagar.

Viste elegante sin miedo, que el sastre apunta en los libros, y la gente con el dedo.

Hazte el pobre en todas partes, y más entre los que viven de las letras y las artes.

Un escritor francés, que viaja por España, dice que Cúcharés pasa aquí por muy literato.

Es verdad, lo mismo que Alejandro Dumas pasa en Francia por muy torero.

El Pensamiento Español, El Diario de Barcelona, La España y El Espíritu Público critican á Zorrilla, ya como poeta, ya como lector.

Segun escriben á *La Correspondencia*, la costumbre de ir á coger bellotas á la dehesa del Pinar, el 10 de Octubre, no decae en Avila.

¡Cuánto lo celebramos! Debe ser muy feliz y muy laborioso un pueblo que no pierde la costumbre de ir á coger bellotas.

En la última corrida de novillos verificada en Madrid, ha perecido un muchacho que fué lanzado al aire por uno de ellos.

Conviene advertir que en el cartel que se fijó por las esquinas decia que los novillos serian para entretenimiento de los espectadores.

No se ha verificado por fin el concierto que se anunció en el teatro del Circo.

Hace mucho tiempo, creo yo, que en el Circo no hay concierto posible.

Acaba de introducirse una gran modificacion en el tocado de baile. Al mismo tiempo que baja el escote del vestido, se cubre la frente con el pelo, que cae sobre los ojos formando rizados.

—¿Y por qué es eso de taparse la frente? preguntó noches pasadas un amigo mio á cierta dama cuyo vestido casi no tenia cuerpo, y cuyo cuerpo no tenia casi vestido.

—¡Ay! amigo mio, contestó ella, siempre conviene ocultar algo.

La Epoca se lamenta de que se venda á 30 cuartos la carne dentro de Madrid.

A nuestro colega le parece muy cara.

En cuanto á *La Correspondencia*, le parecen más caras las noticias falsas.

El día de difuntos se alzaba en la iglesia parroquial de Cartagena un sencillo y elegante catafalco á la memoria de nuestro querido amigo el malogrado poeta Martinez Monroy. Sobre la base se veía una lira sin cuerdas sobre ramas de laurel, y en una corona se leía: ¡A mi hijo!

Unimos nuestro sentimiento al del amor filial que espresa esta corona.

Cantares.

Digiste que me querias, que tu amor seria eterno!.... Si Dios no me quiere más iré derecho al infierno.

Entre tu querer y el mio, la diferencia es inmensa: el mio, crece que crece; el tuyo, mengua que mengua.

Amor es un prestamista que por sus cortos placeres, nos hace pagar á todos muy crecidos intereses.

Como son coral tus labios y tienes por dientes perlas, no extraño que de tus gracias hagas pública almoneda.—E. QUILEZ.

En Baden han sido cerradas las casas de juego hasta 1870 inclusive.

No comprendo que pudiéndose jugar en 1871, no se pueda jugar en 1867.

GALERÍA DE CONTEMPORÁNEOS.

Número 37.

Al borde del sepulcro de un malvado nació, segun nos dijo en cierta trova, y desde entonces á la gente emboba, profundo rara vez, siempre inspirado.

Lo mismo tañe el plectro delicado que escribe con el palo de la escoba; tan pronto se hace digno de una soba, como el laurel merece máspreciado.

Pájaro de la selva peregrino, mientras vivió del mundo en la espesura barreras no encontraba en su camino:

De un águila imperial subió á la altura, y hoy, ruiseñor trocado en estornino, canta para su medro y mi amargura.

PASATIEMPO.

Solucion al Geroglífico del número anterior:—*Tres hijas y una madre, cuatro diablos para el padre.*

GEROGLÍFICO.



(La solucion en el número próximo.)

ANUNCIOS.

ROMANCERO DE NUMANCIA,

POR ANTONIO PEREZ RIOJA.

Este librito, que generaliza el conocimiento de una de las páginas más gloriosas de nuestra historia, se halla de venta al precio de 8 rs. en las principales librerías de Madrid. Se remite á provincias franco de porte, enviando su importe en sellos ó libranzas, al Administrador de *La Reforma*, Ave-María, 17.—1

Se curan de verdad los CALLOS, en la Carrera de San Gerónimo, núm. 12, entresuelo. Se garantiza la curacion, que es gratis para los pobres. Se curan tambien las BERRUGAS y los SABANONES.

Se recibe y se dan prospectos todos los días de once á cuatro. El medicamento, llamado el Acunt, para el que quiera curarse por sí mismo, se hallará, en esta corte, en la farmacia de Borrell y hermanos, Puerta del Sol; y en provincias, en todas las capitales del reino, en las principales farmacias.

ALMANAQUE CÓMICO DE GIL BLAS

PARA 1867

Un volumen de 64 páginas con chistosísimas caricaturas por Ortego y Rico. Se vende en la Administracion del periódico y en las principales librerías, á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.